

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA VISUAL

Número 31 – Santiago, 2023 – 1/31 pp.– ISSN 2452-5189



Travesía intermedial por Última Esperanza y la cueva del Milodón. Fotografías de Martin Gusinde en retrospectiva

Marisol Palma Behnke¹

Francisco Osorio²

RESUMEN: Se propone un ejercicio de reconstrucción histórica y simbólica entrelazando dos productos mediáticos independientes: una parte del segundo diario de viaje de Martin Gusinde, escrito en Última Esperanza en febrero de 1920, y las inéditas fotografías del territorio que conoció durante su estadía junto a la familia Eberhard y en excursiones a la cueva del Milodón. Las fotografías se analizan desde un enfoque medial, en relación con sus articulaciones e imbricaciones con sus escritos. El diario de viaje, así como las inéditas fotografías realizadas *in situ*, son parte del archivo del Anthropos Institute (Alemania). Para reconstruir la retrospectiva de la travesía visual de Gusinde de hace un siglo, se contó con el apoyo de guías de montaña.

PALABRAS CLAVE: Gusinde, fotografía, paisaje, diario, cueva del Milodón.

Intermedial journey through Última Esperanza and the Milodón cave.
Photographs by Martin Gusinde in retrospect

ABSTRACT: The article proposes an exercise of historical and symbolic reconstruction, by intertwining two independent media products: a part of Martin Gusinde's second travel diary written in Última Esperanza in February 1920 and the unpublished photographs of the territory that he took during his stay with the Eberhard family and excursions to the Milodón cave. The photographs are analyzed from a medial approach in their articulations and imbrications with their writings. The travel diary, as well as the unpublished photographs taken *in situ*, are part of the Anthropos Institut (Germany) archive. In the reconstruction process of a retrospective of the visual journey carried out by Gusinde a century ago, the support of mountain guides was include.

KEYWORDS: Gusinde, photography, landscape, diary, cave of Milodón.

¹ Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas, Universidad de Tarapacá. Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctora en Historia por la Universidad de Leipzig. ORCID: 0000-0002-7497-2617. E-mail: mpbquintay@gmail.com

² Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Licenciado en Antropología y doctor en Filosofía por la Universidad de Chile. ORCID: 0000-0002-5515-2699. E-mail: fosorio@uchile.cl

“La cámara se alista para tomar fotografías, procura sorprenderlas, las acecha. El estar al acecho de algo, ese carácter predatorio del aparato, debe ser entendido en nuestro intento por entender etimológicamente el aparato”.

FLUSSER (1990, p. 23)

Los diarios de viaje de Martin Gusinde, así como las fotografías que tomó durante sus expediciones, son dos productos mediáticos de sus viajes que, generalmente, han sido considerados de manera independiente en diversas publicaciones. Una muestra importante de sus fotografías ha circulado prolíficamente y se ha hecho “omnipresente” en imaginarios visuales del Cono Sur americano. A través de diferentes medios, soportes y formatos, han cocreado símbolos locales, trasregionales y transnacionales amalgamando porosos discursos sobre memoria, historia, identidades y resistencias culturales, así como tradiciones ligadas a cosmovisiones y saberes propios de las culturas y lenguas selk’nam, yagán, kawésqar. Menos conocidos, solo por lo reciente de su traducción y publicación, son los diarios de viaje de Gusinde (Palma 2018a, 2018b, 2019, 2022). En las cuatro expediciones realizadas entre 1918 y 1924, el estudioso escribió a mano en sencillos cuadernos sus bitácoras de viaje, donde realizó anotaciones diarias para su uso personal. Los diarios de viaje se encuentran archivados en el Anthropos Institut (Alemania), así como diversos documentos de Gusinde, como correspondencia y manuscritos diversos. Como es sabido, el archivo también contiene alrededor de 1.000 fotografías que sobrevivieron a los cuatro viajes de investigación entre 1918 y 1924. Entre ellas hay 23 imágenes de los alrededores de Última Esperanza, tomadas por Gusinde en febrero de 1920, durante su segunda expedición, y que han permanecido prácticamente inéditas, hasta ahora.

Aquí se indaga en dichas fotografías desde un enfoque medial, es decir, analizando entrelazamientos y articulaciones con el medio escrito, *in situ*. Se propone en primera instancia que dichas imágenes fueron pensadas como un complemento a las anotaciones registradas en el segundo diario de viaje. Considerando lo anterior, se indaga en sus entrelazamientos significativos en relación con las miradas, posibilidades técnicas y usos del fotógrafo, así como con el específico contexto de producción de dichas imágenes (Kossoy, 2001). Se propone que la praxis fotográfica está asociada a una metodología para documentar y registrar información del territorio, en este caso, la cueva del Milodón y su entorno geográfico, que permite reconstruir fragmentariamente una cartografía e itinerario visual de sus exploraciones en Última Esperanza. Las fotografías se tensionan entonces como evidencias del pasado histórico a la luz de las anotaciones registradas en el segundo diario de viaje. Al mismo tiempo, dichos registros intermediales se contrastan y contextualizan con sus publicaciones, en concreto, el informe público que realizó en 1920 (Gusinde, 1922, pp. 159-161) y el artículo que dedicó a la cueva del Milodón (Gusinde, 1921).

Considerando lo anterior, proponemos un ejercicio interpretativo y analítico de las fotografías y sus entrelazamientos con sus observaciones escritas. En cuanto a los medios de producción de información, se reflexiona en las interacciones entre la génesis automática de la imagen fotográfica y la producción manual de la escritura. El lápiz y el aparato se integraron para fijar y complementar información de interés durante el viaje. Si Gusinde hubiese tenido una Polaroid, probablemente hubiese pegado las fotografías en su diario de viaje y escrito alrededor. Nosotros tratamos de situarnos en su lugar y pensar que la escritura mediatizada por el lápiz y el papel, y el acto de fotografiar mediado por el obturador y el visor de la cámara fotográfica, implican lógicas pre y postindustriales de registrar información que dialogan entre

sí articulando diversas epistemes. La escritura como medio manual y el aparato fotográfico como medio automático se articulan significativamente en la producción, representación y reproducción de referentes observados que se fijaron como piezas de información del territorio durante el viaje.

De acuerdo con Flusser, la cámara genera símbolos, “produce superficies simbólicas de acuerdo con algún principio contenido en su interior. La cámara ha sido programada para producir fotografías, y cada fotografía es la realización de una de las virtualidades contenidas en ese programa” (1990, p. 27). El fotógrafo en tanto productor, procesador y abastecedor de símbolos (Flusser, 1990, p. 26), juega con las posibilidades que le ofrece el aparato, la caja negra que “simula el pensamiento humano en cuanto juego que combina símbolos; los aparatos son cajas negras científicas que juegan a pensar” (Flusser, 1990, p. 31) y sirven “como apoyo para la información” (Flusser, 1990, p. 26) que quiere capturar.

En este caso, referentes naturales sin mayores mutaciones visibles en un siglo se instituyeron como huella-imagen de modo automático, simbolizando paisajes de Última Esperanza según las posibilidades virtuales de la caja negra con las que jugó el fotógrafo para crear imágenes del espacio visible circundante. En efecto, siguiendo a Javier Marzal Felici (citado por Paulsen y Rubio, 2017), partimos de la creencia de que la “fotografía de paisaje” corresponde a una “construcción, como un mero efecto de sentido directamente vinculado con nuestra particular experiencia cultural. El paisaje no es, por tanto, lo que funda referencialmente la fotografía que intenta dar cuenta de él, sino el resultado final de una serie de operaciones de construcción de la significación” (Paulsen y Rubio, 2017, p. 297). Así, en las 23 fotografías apreciamos en gran parte representaciones del territorio a diversas escalas, construidas por Gusinde y su particular experiencia objetiva y subjetiva en ese lugar y momento como lúdico *operator* de las posibilidades contenidas en su propia *caja negra*. ¿Cómo jugó Gusinde con el programa virtual de la cámara a la luz de este *corpus* fotográfico? ¿Qué nos enseñan las imágenes fotográficas vistas a poco más de un siglo de distancia?

Aproximaciones metodológicas

Las hasta ahora 23 fotografías —la mayoría inéditas— que se encuentran en Anthropos Institut y que se reproducen a continuación, fueron tomadas por Gusinde en febrero de 1920 en el territorio colindante al seno de Última Esperanza, la estancia Eberhard y el Parque Natural de la Cueva del Milodón durante sus cabalgatas y excursiones. El archivo fotográfico conserva gran parte de las etiquetas o pies de fotos del fotógrafo (sin fechas), lo que permitió cotejar en terreno las “coordenadas espaciales”, es decir, ubicar hasta donde fuera posible los lugares desde donde se tomaron dichas imágenes. Las etiquetas de las fotografías del archivo entregan en su mayor parte información toponímica y orientaciones cardinales según su ubicación particular. Sin embargo, no se mencionan las “coordenadas temporales”, por lo que tuvimos que aproximar los momentos en que se tomaron ciertas fotografías de acuerdo con fechas, horas del día y la condición climática descrita en los registros de su diario.

En efecto, en su diario de viaje Gusinde explicita la presencia de la cámara en varias excursiones, lo que permite datar varias fotografías y contextualizar sus exploraciones en terreno y las rutas que siguió. De la información en archivo se desprende que Gusinde fotografió y anotó sus nombres, transmitidos en sus conversaciones *in situ* con la familia Eberhard. Así, de acuerdo con el diario de viaje, la praxis fotográfica ocurrió en tres ocasiones: el 17, el 18 y el 20 de febrero. Las fotografías se dispusieron entonces siguiendo una tentativa lógica diacrónica y en sincronía con los registros de viaje.

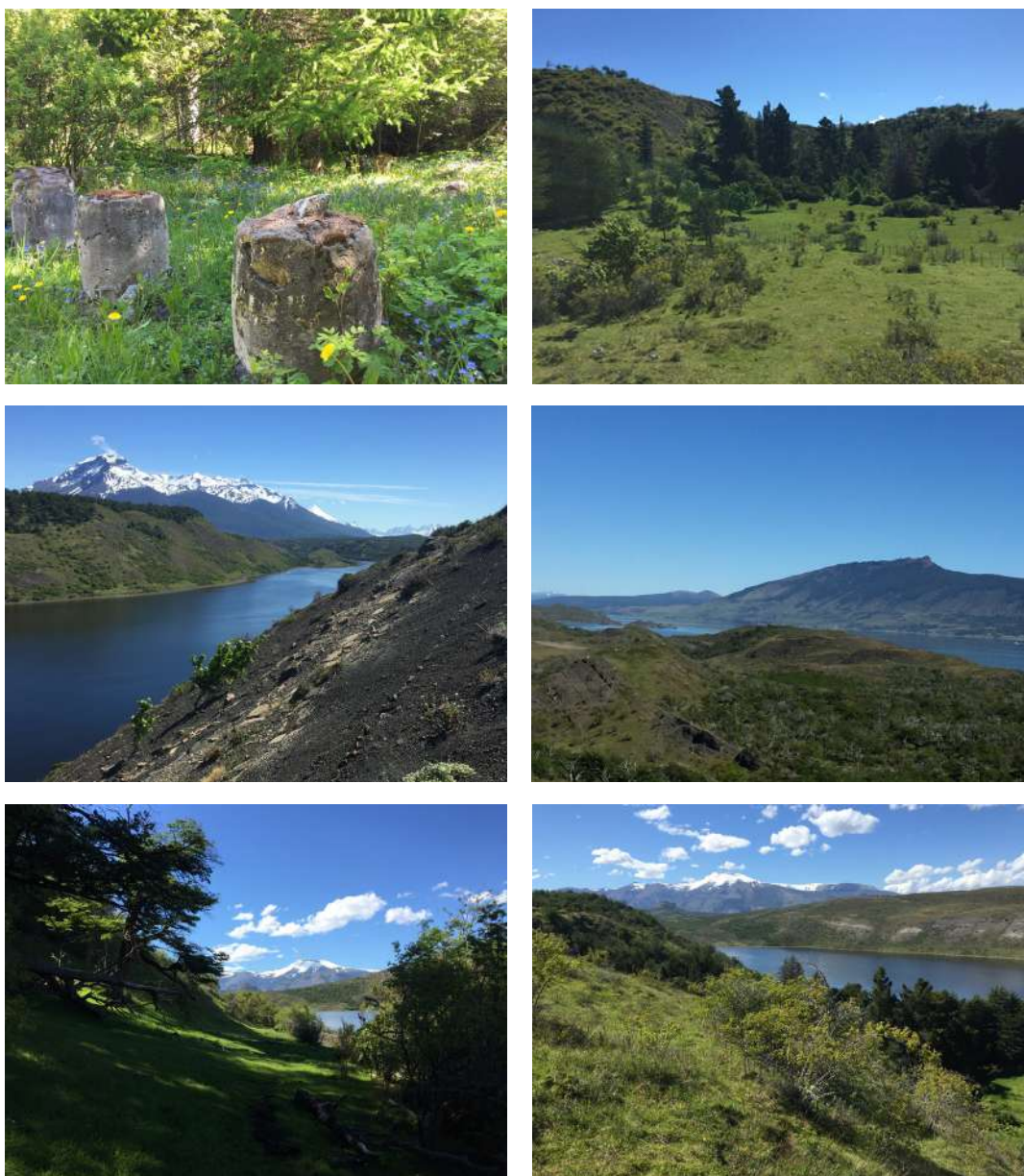
Pero ¿dónde exactamente se tomaron estas imágenes? Para responder a esta pregunta primero realizamos un ejercicio de reconocimiento de los referentes fotográficos sobre la base de la información de las etiquetas y de la verificación de las morfologías visuales, sobre todo montañas. En segundo lugar, en septiembre de 2017 presentamos las fotografías en el coloquio *Tardes Remotas*, organizado por Alfredo Prieto en la Universidad de Magallanes (sede de Puerto Natales), ante un público variado de estudiosos de la región, entre ellos, montañistas y guías de turismo. Ellos identificaron los referentes del territorio fotografiado de manera casi inmediata: cerro Ballena, monte Señoret, cerro Dorotea, entre otros. Las etiquetas, entonces, fueron confirmadas por la audiencia. Es decir, dicha toponimia instalada sistemáticamente en las cartografías locales desde los procesos de colonización de fines del siglo XIX en ese enclave geográfico formaban parte de la vida cotidiana de natalinos y montañistas un siglo más tarde.

Para la mirada “afuerina”, en cambio, no es tan sencillo identificar las etiquetas con el territorio circundante. Por eso, la idea de investigar las fotografías en terreno fue un ejercicio de reconocimiento de referentes semejantes a la realidad actual, es decir, se trataba de identificar aproximadamente los lugares en los que se situó el fotógrafo, sus posiciones aproximadas desde donde capturó las tomas fotográficas³. Con el apoyo de guías, se observó el espacio circundante simulando el punto de vista del fotógrafo y se constató cómo fragmentó el espacio a partir de encuadres y de la selección de tomas panorámicas. Así se ubicaron de modo aproximado diversos lugares desde donde se realizaron las tomas fotográficas, lo que inmediatamente condujo al contraste entre el pasado y el presente.

La búsqueda de los referentes fotográficos siguiendo las notas del diario permitió confirmar la correspondencia de las imágenes con los alrededores de Puerto Natales, Puerto Consuelo, cueva del Milodón. Las diversas tomas dan a ver fragmentos de un enorme llano circular circundado por cerros y surcado por fiordos, prados, bosques y enclaves humanos con instalaciones. Entonces, tuvimos que resolver un puzle de dos a tres dimensiones, compuesto por las rutas que siguió y los lugares en los que se paró a fotografiar Gusinde hace un siglo. El paso siguiente fue tomar fotografías digitales con un teléfono celular, intentando encontrar (sin mayores recursos tecnológicos que los de la analogía ocular en terreno) e identificar formas literalmente análogas en el territorio y encuadres fotográficos cercanos al punto de vista de las tomas fotográficas realizadas por Gusinde. A primera vista, recorriendo el pasado en el presente, entre el parque nacional, la histórica estancia y caminos asfaltados no se avistaron demasiados cambios en el territorio:

³ Para encontrar las locaciones desde las que fotografió Gusinde se contó con el apoyo de los guías de montaña Sebastián Pelletti, Juan Moya y Marcelo Godoy, y de Claudio Molina y hotel Remota. Fundamental fue también el apoyo de la familia Eberhard, en especial de Karin y Erik Eberhard, quienes facilitaron la entrada a Puerto Consuelo y guiaron la búsqueda de locaciones en una cabalgata hasta Villa Luisa, cruzando por tierra hacia la península Antonio Varas.





Imágenes 1-14. Fotografías digitales a color registradas por Marisol Palma en octubre de 2017.

Se visitó Puerto Consuelo y las ruinas de Villa Luisa, de la que solo quedaban los pilares, que sobrevivieron a su dismantelamiento a fines de la década de 1960, ubicadas en la misma estancia de la familia Eberhard, habitadas hoy por los descendientes de Hermann y Gesa Eberhard, anfitriones de Gusinde hace un siglo. No fue demasiado complejo encontrar los parajes aproximados desde donde Gusinde se paró a fotografiar. Reconocer el territorio a través de las fotografías, y viceversa, permitió observar múltiples contrastes: el digital y el analógico, el color y el blanco y negro, el pasado y el presente, los cambios y las permanencias, en definitiva, el paso del tiempo y sus representaciones. En este ejercicio, las imágenes fotográficas del pasado, sin sus etiquetas, se tornaron en huellas que fijaron fragmentos de experiencias particulares en la naturaleza.

De esta manera, la serie fotográfica vista en conjunto aparece como un gran paisaje panorámico circular que recuerda a las series murales de paisajes decimonónicos (Rojas Mix, 2015). Por cierto, los empapelados murales con vistas panorámicas de paisajes americanos exóticos se expandieron durante la segunda mitad del siglo XIX, “inspirados en la concepción de ‘fisonomías vegetales’ de Humboldt”. Se trata de “paisajes románticos donde domina la impresión totalizadora y donde se percibe una tendencia ecológica que nace con el científico alemán” (Rojas Mix, 2015, pp. 194-195). Las representaciones de la naturaleza como paisajes responden a complejos procesos de construcciones subjetivas que ensamblaron diversos saberes catalogados como “arte” y “ciencia” en el siglo XIX. Merece la pena indagar en dichas lógicas y tendencias en el *corpus* fotográfico realizado en los alrededores de la cueva del Milodón por Gusinde en el verano de 1920.

En tal sentido, se indaga también en la mirada del viajero —como estereotipo del “científico” decimonónico— y en su exploración del territorio, que congeló en placas de vidrio que fijaron huellas de luz y plasmaron sus modos de ver, menos evidentes a primera vista, también de acuerdo con referentes y convenciones del siglo XIX. Rojas Mix repara en las confluencias de corrientes neoclásicas, idealistas y románticas en torno a la representación del espacio-ambiente en dicho periodo: “Reproducir la naturaleza en forma fiel y objetiva”. Ello implicaba una función descriptiva de la realidad en su medio ambiente, “en su propio hábitat”, según lo sistematizó Humboldt en sus tipologías de paisajes a partir de la noción de “ecosistema” (Rojas Mix, 2015, pp. 202-203). En efecto, durante el siglo XIX se acrecentó el interés “exótico científico” por los viajes épicos del siglo XVIII y que repercutieron en que Humboldt diera un giro a la literatura e imaginaria en torno a los viajes a regiones lejanas y exóticas: “El exotismo romántico se caracteriza por su espíritu científico” (Rojas Mix, 2015). La serie fotográfica en Última Esperanza invita a reflexionar en torno a dichos ideales, funciones, valores y estéticas.

Así, la noción de fotografía de “paisaje” es un atributo cultural que tiene que ver con el proceso y acto fotográfico que da sentido a la huella, al “mensaje sin código”. ¿Qué las transforma en fotografías de paisajes? El dispositivo fotográfico y la dimensión espacial y sociocultural de la realidad en la que operó el fotógrafo, y que se aborda aquí principalmente a partir de las nociones de paisaje y lugar. Según Paulsen y Rubio:

Ambas nociones se entienden en el contexto de las experiencias vividas por el individuo y la sociedad y, en este sentido, tal como se ha indicado para la espacialidad y el proceso de construcción de una teoría del espacio, aparecen fuertemente dependientes de las conductas, las acciones y las creencias construidas culturalmente a lo largo del tiempo y que están alojadas en las personas” (2017, p. 4).

Al mismo tiempo, los autores señalan aludiendo a Simmel que

el paisaje es, ante todo, una realidad observable a simple vista (...). En este sentido, Georg Simmel (...) sostiene que es imprescindible observar [para] tener conciencia de estar ante un paisaje (...). Para alcanzar esa conciencia, nuestros sentidos deben, justamente, dejar de centrarse en un elemento particular y abarcar un campo visual más amplio, es decir, percibir una nueva unidad que no sea mera suma de elementos puntuales; solo entonces estaremos ante un paisaje (Paulsen y Rubio, 2017, p. 7).

De este modo:

El paisaje se produce gracias al diálogo que se establece entre el objeto-paisaje y el sujeto (la persona), o bien, entre objetividad y subjetividad. Esta idea es compartida por Simmel (...) quien señala que el paisaje surge luego de que el ser humano realiza un acto espiritual mediante el cual “agrupa una serie de fenómenos y los eleva a la categoría de paisaje”. En consecuencia, el paisaje es al mismo tiempo una realidad física observable y una realidad subjetiva construida por la percepción del individuo (Paulsen y Rubio, 2017, p. 9).

Visto así, el paisaje es un constructo procesual y sociocultural dinámico, multidireccional y opera a diversos niveles de percepción del sujeto que observa. Aquí nos interesa analizar cómo las fotografías, es decir, la serie de fotografías de Gusinde realizadas durante su estadía en Puerto Consuelo, representan determinadas percepciones y constructos simbólicos. Al mismo tiempo, y a partir de las posibilidades que entregan los entrelazamientos entre las fotografías y los diarios de viaje, interesa conocer fragmentariamente el proceso y experiencia del fotógrafo en terreno puesto a jugar con su “caja negra”.

Gusinde en Villa Luisa y la cueva del Milodón

En el verano de 1920 el sacerdote y antropólogo de habla alemana, misionero de la orden del Verbo Divino, Martin Gusinde Hentschel (1886-1969), visitó por primera y última vez la famosa cueva del Milodón, ubicada en la actual provincia de Última Esperanza, en la región de Magallanes, Chile. El Monumento Natural Cueva del Milodón⁴ se encuentra a 35 km hacia el norte de Puerto Natales, en medio de un enclave geográfico cuya historia geológica, paleontológica y arqueológica ha convocado a varias disciplinas desde su descubrimiento en 1895 (Bird, 1993; Eberhard, 2018; Gusinde, 1921; Martinic, 1996; Prieto, 2013).

Ante la mirada actual de miles de turistas, el paisaje aparece como un enorme espacio abierto, un llano circundado, a lontananza, por diversas siluetas de cerros y cumbres: hacia el noreste el lago Sofía junto al cerro Dorotea, y hacia el oeste el seno Última Esperanza y la península Antonio Varas coronada por el cerro Ballena. El hallazgo de la cueva ocurrió en el transcurso de una exploración al territorio colindante al seno de Última Esperanza, en dirección al hoy llamado cerro Benítez, realizada por el pionero y colono alemán, el entonces reconocido capitán de marina Hermann Eberhard (1852-1908), su hijo del mismo nombre, Ernst von Heinz⁵, el ovejero Teodoro Hülphers y un inglés desconocido de apellido Waldron (Martinic, 1996, pp. 46-47)⁶. En efecto, algunos de ellos fueron parte del temprano proceso de exploración y colonización de territorios argentinos (cerca de los fiordos aledaños al río Turbio) y chilenos (colindantes al seno de Última Esperanza) que tuvo lugar desde fines de 1893. A partir de entonces, se efectuó en este espacio fronterizo la posesión efectiva de terrenos por medio de permisos y concesiones. En el caso chileno esta se materializó a partir de una concesión provisoria otorgada por el capitán de navío Manuel Señoret, entonces gobernador de Punta Arenas, quien autorizó a explorar y ocupar dichos terrenos al capitán Eberhard. Así se fundó Puerto Consuelo, como establecimiento ganadero ubicado en la bahía Isthmus, lugar estratégicamente ubicado para su articulación con el tráfico marítimo internacional a través del canal Smyth (Eberhard, 2018, pp. 166-169). Desde allí realizaron diversas expediciones por mar (a bordo del famoso cúter *Ressi*) y tierra en la región. En vísperas de la Navidad de 1894, Heinz avistó junto a su compatriota Kurt Meyer el río que bautizaron Natalis y que desemboca en la zona norte de la actual ciudad de Puerto Natales. Villa Luisa, ubicada en la ribera sur del fiordo Eberhard, se terminó de construir en 1904, cuando la familia Eberhard se mudó definitivamente desde la estancia Chymen-Aike, en la pampa argentina, a los fiordos occidentales de la Patagonia chilena (Eberhard, 2018, p. 191).

⁴Según la CONAF, fue creada el 2 de enero de 1968 por el DS 138 del Ministerio de Educación, como Monumento Histórico, a petición del Consejo de Monumentos Nacionales. Posteriormente, en 1993, mediante el DS 359 se crea como Monumento Natural Cueva del Milodón, y se incorpora al Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas (SNASPE), con una superficie de 189,5 hectáreas.

⁵Colono alemán que se asoció con R. Stubenrauch en varios negocios y fundaron la estancia Tapi Aike, situada cerca de cerro Castillo y fuentes del Coyle y Cancha Carreras, en la frontera con Chile. Recuperado de patlibros.org

⁶De acuerdo con Martinic (1996), la presencia de Ricardo Krüger en dicho descubrimiento sería cuestionable. Gusinde, por su parte, confirma su presencia (Gusinde, 1921, p.159). Más recientemente, Eberhard (2018, pp. 179-180) tampoco lo menciona, si bien dedica en su libro un apartado a la figura de Krüger (pp. 177-179).

¿Cómo y por qué llegó Gusinde hasta la cueva del Milodón? Durante su primer viaje de investigación a Tierra del Fuego⁷, ya se había familiarizado con las familias de colonos alemanes residentes en la región de Magallanes y el archipiélago fueguino. Sin embargo, su segundo diario de viaje nos permite esclarecer su encuentro con la familia Eberhard. Según registró con su puño y letra el 16 de diciembre de 1919: “Trabo buena amistad con la señora Stubenrauch y familia Eberhard” (Palma, 2018b, p. 564). En efecto, durante la travesía oceánica en el vapor *Chiloé*, realizada entre Valparaíso y Punta Arenas entre el 6 y 17 de diciembre de 1919, Gusinde conoció a Hermann Eberhard, hijo del capitán y pionero alemán, quien lo invitaría a Villa Luisa, nombre de la casa familiar de los Eberhard, ubicada en la península Antonio Varas, frente a Puerto Consuelo. Gusinde sociabilizaba con gusto con residentes extranjeros en la región y registró los encuentros con diversas personalidades, quienes lo motivaron a orientar sus itinerarios y objetivos científicos en más de una ocasión (Palma 2018a, 2018b, 2019). En definitiva, el estudioso tenía interés por conocer la cueva del Milodón (hallazgo que se había vuelto objeto y mito de investigación global desde hacía dos décadas) y aceptó con gran entusiasmo la invitación de los Eberhard. De acuerdo con sus notas de viaje, su estadía se extendió en Villa Luisa por diez días, entre el 12 y el 22 de febrero de 1920 (Palma, 2018b, p. 57).⁸

En el informe público que escribió a su llegada del segundo viaje⁹, basado en sus notas de campo, Gusinde relata y agradece la invitación de Herman Eberhard a visitar Última Esperanza:

... con el fin de imponerme del estado de la célebre cueva llamada del Mylodón. Un estudio tal no era directamente del ramo de mi dedicación; sin embargo, no era completamente ajeno a las investigaciones etnológicas y paleontológicas, ya que conjuntamente con los otros restos se encontraron armas e instrumentos elaborados por el hombre. No es mi intención ponderar la importancia que ha tenido este hallazgo del *Grypothierium domesticum* Roth, que es el verdadero nombre de aquel animal extinguido, que únicamente se ha encontrado en este sitio; tampoco me propongo discutir las múltiples controversias que con motivo de tal descubrimiento se han suscitado en el mundo científico; sólo agregaré que fueron descubiertos por una casualidad el año 1894, por el benemérito capitán Eberhard, el señor von Heinz y el Sr. Krueger (Gusinde, 1922, p. 159).

En el escueto informe sintetiza brevemente su impresión del estado de la cueva y entrega descripciones precisas de sus dimensiones. Además, señala que realizó “muchas visitas” a la misma, lo que no se confirma en el diario¹⁰, donde constata que el 14 de febrero solo estuvo algunas horas en la cueva y que el 17 volvió a la zona de las cuevas y fotografió las entradas y sus alrededores. En el informe señaló:

Permítaseme aquí aclarar cuál es el verdadero nombre de esta cueva que tan a menudo se confunde con otra cercana a ella. La que se hizo notable por el hallazgo de los restos del *Grypothierium*, lleva el nombre de la cueva del Mylodón; es completamente seca, aunque en su bóveda se encuentran pequeñas estalactitas. La otra está a poca distancia de la anterior y se llama cueva de Eberhard; es notablemente más chica, muy húmeda y llena de hermosas y grandes estalactitas; en ellas no se han hecho hallazgos de ninguna clase (Gusinde, 1922, p. 161).

⁷ Como se sabe, Gusinde realizó su primer viaje a la región entre diciembre de 1918 y marzo de 1919. Durante dicho viaje su derrotero partió desde Punta Arenas a isla Dawson e Isla Grande de Tierra del Fuego, sin llegar a visitar Puerto Natales. Para un detalle del itinerario del primer viaje, ver Palma (2018a).

⁸ Cabe recordar que Gusinde viajó desde Punta Arenas a Tierra del Fuego realizando diversos recorridos entre el 20 de diciembre de 1919 y el 6 de febrero de 1920. En relación con el diario del segundo viaje de Gusinde a Fuego-Patagonia, véase la introducción y contextualización de este en Palma (2018b). En el artículo se destaca la travesía que realizó Gusinde hasta la provincia de Natales y se contextualiza su estadía y aproximación a la cueva del Milodón.

⁹ Gusinde firmó el informe del segundo viaje a Tierra del Fuego, como jefe de sección, el 29 de mayo de 1920.

¹⁰ En efecto, esta información discrepa de la que aparece en el informe público (Palma, 2018b, pp. 550-551).

En el informe, donde coinciden las fechas con los registros del viaje, concluye agradeciendo “las atenciones de que fui objeto de parte del señor Eberhard y familia, y el eficaz apoyo con que contribuyeron al éxito de mi trabajo” (Gusinde, 1922, p. 161). El informe tocó temas que luego profundizará en un artículo que publicó en la *Revista Chilena de Historia Natural* en 1921. Aquí actualizó sistemáticamente las investigaciones referidas a la cueva del Milodón hasta ese momento (Gusinde, 1921) en un nivel más bien descriptivo. Es, como señala su título, un examen del estado actual (1920) de la famosa cueva del Milodón. El trabajo parte con una especie de exordio sobre la tarea del paleontólogo y de cómo este debe dejar de lado la imaginación sobre lo pretérito, que lo asalta continuamente en esta disciplina. Luego relata la historia del hallazgo “casual” de la cueva en 1895. Se refiere al trozo de piel hallado en el piso de la cueva y cómo fue llevado a la estancia y casi arrinconado allí hasta la llegada de Francisco Moreno, quien reparó en su importancia y en la de la cueva misma. Da cuenta del territorio y su toponimia señalando:

Los habitantes de la región han dado al cerro, en cuyo interior se extiende la caverna, el nombre de “monte de la cueva” o “Höhlenberg”¹¹. Este cerro tiene una altura aproximada de 600 m. y todavía corona su cumbre un bosque de robles (*Nothofagus betuloides*). La cueva se abre en la falda Sur, a unos 160 m. sobre el nivel del mar; las dimensiones de la boca o entrada, son 50 m. de anchura por 30 m. de alto; y su profundidad o fondo es de 190 m. El techo, a partir de la boca, elévase un poco hacia el interior, pero vuelve luego a declinar gradualmente, hasta formar vértice con el suelo. En el interior, las paredes están revestidas de una capa de compuestos calcáreos, y estalactitas cortas y delgadas penden de la bóveda (Gusinde, 1921, pp. 408).

Las precisas descripciones que entrega de las dimensiones y características de la cueva se complementan con la fotografía de su fachada (Gusinde, 1921, p. 409). El artículo continúa con una síntesis histórica de sus principales investigadores: Francisco Moreno, Rodolfo Hauthal, Hesketh Prichard, entre otros. Enseguida da cuenta de los saqueos a que fue sometida por “inescrupulosos” que vendían en Punta Arenas los restos hallados. Describe las huellas del paso de la picota y la dinamita por el piso, y concluye que no sería productiva una nueva excavación por la destrucción superficial de la cueva y por los ingentes gastos en que se incurriría en su estudio. Insta, entonces, a continuar los trabajos en las otras cuevas que abundan en los alrededores (Gusinde, 1921, p. 412), a diferencia de lo que sostuvo en el informe que firmó en 1920, donde señaló:

A mi modo de ver una prolija excavación de esa gran cueva no sería del todo estéril, porque la capa de excrementos que se encuentra al lado derecho revela, que sólo uno sino varios animales han encontrado allí su muerte. Determinar la edad geológica con absoluta seguridad será cuestión difícil a causa de la devastación, pero con una concienzuda observación no sería del todo imposible (Gusinde, 1922, p. 161).

¿A qué se debe el cambio de criterio que publicó en el artículo de 1921? Tal vez la lectura y el estudio de la bibliografía elaborada por Lehmann-Nitsche, que incluyó al final del artículo de 1921, lo inclinó a desestimar mayores emprendimientos científicos en la cueva. Así termina su contribución a la arqueopaleontología regional. El artículo se acompaña de dos fotografías tomadas por él, una de la boca de la cueva mirando al interior y otra del interior de la cueva Eberhardt (la cueva Chica en la actualidad) (Gusinde, 1922, p. 409). Se trata de las mismas fotografías que encontramos en el archivo y que se reproducen en este artículo.

¹¹ Se trata del cerro Benítez en la toponimia actual. En los pies de foto se mantiene la designación de Gusinde “cerro de las cuevas” o “Höllenberg”.

Gusinde omitió en ambos escritos públicos el contexto de producción y las coordenadas específicas de las fotografías que tomó durante sus excursiones y cabalgatas que realizó desde Villa Luisa, como se colige del diario de viaje. Aquí se visibiliza y contextualiza la travesía que realizó el explorador hasta la provincia de Última Esperanza, y su estadía y aproximación a la cueva del Milodón en compañía de pioneros y colonos emblemáticos. De hecho, las fotografías que publicó funcionan como pruebas visuales más contundentes de su presencia en terreno que sus actividades de investigación propiamente tales. Es decir, si nos basamos en dicha publicación para apreciar su estadía en dicha región, la información de contexto resulta demasiado escueta. No obstante, el trabajo de investigación en archivo nos ofrece una vista fragmentaria a través de esta veintena de fotografías realizadas durante su estadía junto a la familia Eberhard en 1920.

De la lectura del diario de viaje se percibe el entusiasmo de Gusinde ante la oportunidad de llegar hasta allí guiado por la misma familia de emblemáticos exploradores y colonos alemanes. Durante aquellos días, Gusinde sociabilizó con la familia y sus invitados, personas connotadas de Magallanes en su mayoría. Uno de los hitos sociales que registró en su diario fue que conoció y conversó con uno de los descubridores de la cueva: Ernst von Heinz. De sus anotaciones se percibe la felicidad que le depararon aquellos diez días, algo así como unas vacaciones al final de su periplo etnográfico previo. Se entregó así a los tiempos de sus anfitriones y a los vaivenes climáticos (una buena parte del tiempo nublado y lluvioso), que limitaron salidas y deseos por escalar algunas de las cumbres cercanas junto a Eberhard. Al mismo tiempo, siempre sistemático, se abocó a un nuevo estudio: la prehistoria y su entorno natural, su medio ambiente. Investigó en conversaciones con Eberhard y Von Heinz en torno a las historias de las exploraciones del territorio, hallazgos geográficos, prehistóricos y paleontológicos. Los registros del diario confirman que realizó junto a Eberhard una serie de excursiones a caballo por los alrededores de Villa Luisa y la cueva del Milodón, así como caminatas y excursiones a los cerros aledaños a Villa Luisa y a Puerto Natales, lo que se fijó también de manera fragmentaria en la serie fotográfica. En efecto, como se verá, el diario se refiere a situaciones y coordenadas puntuales de varias tomas fotográficas que nos permitieron proponer un cierto orden cronológico y reconocer sesiones fotográficas.

Travesía intermedial por Última Esperanza y la cueva del Milodón

A continuación, se presentan extractos de la estadía de Gusinde en Villa Luisa, quien la registró en su diario de viaje y que se intercalan con las fotografías siguiendo lógicas diacrónicas y sincrónicas. Gusinde menciona solo en tres ocasiones —17, 18 y 20 de febrero de 1920— de modo explícito la actividad de fotografiar. Empero, no se descarta que hubiese realizado otras fotografías durante esos días sin mencionarlo en el diario. El orden dado a las tres sesiones es, por lo tanto, propositivo y provisorio.

Los registros se extienden entre el 11 y el 22 de febrero de 1920. Recordemos que Gusinde venía de una expedición previa a Tierra del Fuego entre diciembre de 1919 y comienzos de febrero de 1920. A su regreso solo paró unos días en Punta Arenas y desde allí viajó en automóvil a Puerto Natales pasando por Cabo Negro, como anota el 11 de febrero. Ese día llegó a Puerto Natales y al día siguiente se trasladó a Villa Luisa, donde fue huésped de los Eberhard durante 11 días, como se constata en los siguientes registros¹².

¹² Los registros originales fueron escritos en alemán. Los textos en español corresponden a la traducción realizada, editada y publicada en Palma (2022, pp. 121-132).

Febrero de 1920

11 de febrero

Miércoles. Partimos a las 5:30. Somos cinco pasajeros. Pronto cae una fuerte lluvia. Tomamos desayuno en Cabo Negro. La lluvia cesa, pero corre un fuerte y frío viento. A las 12:00 almuerzo. Luego seguimos hacia Puerto Natales, donde llegamos a las 17:00. También me encuentro con el padre Bercuti, quien me recibe muy bien. Breve conversación. Luego, de visita donde los Thiel, representante de los Stubenrauch, y donde el subdelegado. Estoy cansado y me voy a la cama temprano. Aún hay buen tiempo. Me contaron sobre la triste y completamente anormal situación de los obreros en Natales¹³.

12 de febrero

Jueves. Espero en lo de Thiel a Eberhard¹⁴. Luego voy con el padre Bercuti a pasear un poco y regreso a la parroquia, ya que el trayecto se nos hizo muy largo. Como a las 11:00 aparece Eberhard y me va a buscar. Partimos de inmediato. El camino es muy bueno y en tres cuartos de hora estamos en Puerto Consuelo. Desde allí se sigue en el cúter *Resí*¹⁵, en el que todavía viajamos un cuarto de hora. Estamos en Villa Luisa¹⁶. La acogida es muy amistosa. De inmediato visito el jardín. Aquí las groseillas y cerezas están maduras. Manzanas, peras y ciruelas aún están verdes. Después de comer, de inmediato doy un pequeño paseo. Buen tiempo todavía, aunque ventoso.

13 de febrero

Viernes. Subo a pie las colinas más cercanas. Se nubla. Veo todo el canal con el monte Balmaceda. Al mediodía me entero de que el gobernador quiere venir. Luego, de viaje hacia Puerto Córdor y después hacia Puerto Consuelo de vuelta. Aquí se espera al grupo. Llegan a casa, por fin, a las 18:00. En total son siete personas. El gobernador está de buen humor. Lluve. Para mañana no es de esperar nada bueno. Hablamos mucho sobre la cueva y mis viajes de estudio. Duermo bien, en compañía del subdelegado Aliaga. Recién a las 23:30 de la noche se retiró el grupo.

14 de febrero

Sábado. El tiempo es inestable pero partimos de igual modo. Fuerte lluvia en Puerto Consuelo. Esperamos y pensamos. Al final seguimos caminando hacia la cueva. En lugares propicios del camino dejamos alimentos y caminamos hasta la cueva cerca de una hora y media. Con santo respeto entro a la cueva del Milodón. Quedan pocas estalactitas y el piso está terriblemente revuelto, pero todavía encuentro estiércol y mechones de pelo. El hambriento grupo clama por comida; quieren volver, y para mi disgusto tengo que acompañarlos. Luego un rico asado en el pasto, bajo el *Nothofagus pumilio*¹⁷. Como a las 15:00 nos separamos. Comienza la lluvia, que cesa pronto, aunque el soplo del viento es cada vez más gélido. Vamos a casa y el subdelegado nos acompaña. El tiempo se torna cada vez peor y la lluvia se vuelve más intensa.

¹³ Este comentario es interesante en relación con los movimientos sociales desarrollados en la región, en particular la huelga obrera de enero de 1919, que se inició en el frigorífico Bories y que derivó en enfrentamientos violentos entre trabajadores de Natales y fuerzas policiales, así como de la administración del establecimiento perteneciente a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Para un detalle de la huelga, ver Harambour (1999) y Vega (1996).

¹⁴ Se refiere al hijo del capitán Eberhard, Hermann Eberhard, anfitrión de Gusinde en 1920.

¹⁵ El cúter *Resí* era una embarcación perteneciente a la familia Eberhard para cruzar el fiordo Eberhard, que separa en sus dos riberas a Villa Luisa de Puerto Consuelo.

¹⁶ Complejo habitacional ubicado en el fiordo Eberhard, al frente de Puerto Consuelo. Allí residía la familia Eberhard desde 1904. La casa que fotografió Gusinde en 1920 fue desmantelada en la década de 1960.

¹⁷ Se trata del nombre científico de la lenga, árbol conocido también como haya austral.

15 de febrero

Domingo. Como a las 9:00 acompañamos al subdelegado hacia Puerto Consuelo. Muy mal tiempo, aunque igual damos un pequeño paseo; nos empapamos. El monte Balmaceda no está para nada visible. Fuerte viento. Por la tarde nos quedamos en casa. La lluvia no afloja, lo que perturba mis planes; tuve mala suerte esta vez. Por la noche deambulo un poco.

16 de febrero

Lunes. Tiempo claro, pero fuerte viento. Eberhard me lleva a una barranca cercana, a tres cuartos de hora en caballo. Trepamos con dificultad y encontramos *Inoceramus Steinmannii*¹⁸. Tarea dificultosa y fatigosa, pues el viento nos sopla la humedad en todo el cuerpo. Llegamos felices a casa. El cielo se nubla de nuevo y un fuerte viento se levanta. Qué lástima, pues Eberhard tiene la buena voluntad de acompañarme al monte Balmaceda.

17 de febrero

Martes. En la noche permanente e intensa lluvia y durante toda la mañana tormentas. Partimos después de la comida, ensillamos los caballos en Puerto Consuelo y cabalgamos tres cuartos de hora por el campo, hacia los cerros con cuevas¹⁹. Estamos ante la cueva Eberhard²⁰. Escondida en el bosque, no se puede encontrar sin guía. Entramos y lamentablemente ya hay mucha destrucción y devastación por los vándalos chilenos. Vamos hasta el último rincón y examinamos todo. Está muy húmedo y caen gotas de agua todo el tiempo. **Nos preparamos para tomar fotografías. La tarea es algo fatigosa, pues hay bastante vapor de agua en la cueva**²¹. A la derecha hay todavía otro pasillo, que está mucho más seco. Al final hay lindas formaciones de estalactitas. Luego escalamos la barranca y tenemos una maravillosa vista hacia los grandes bloques de gravilla y sus alrededores. Llegamos a las 18:30 de vuelta a Puerto Consuelo. En el camino nos saludaron cuarenta conejos. Para mañana se anuncia el señor Ernst von Heinz²².

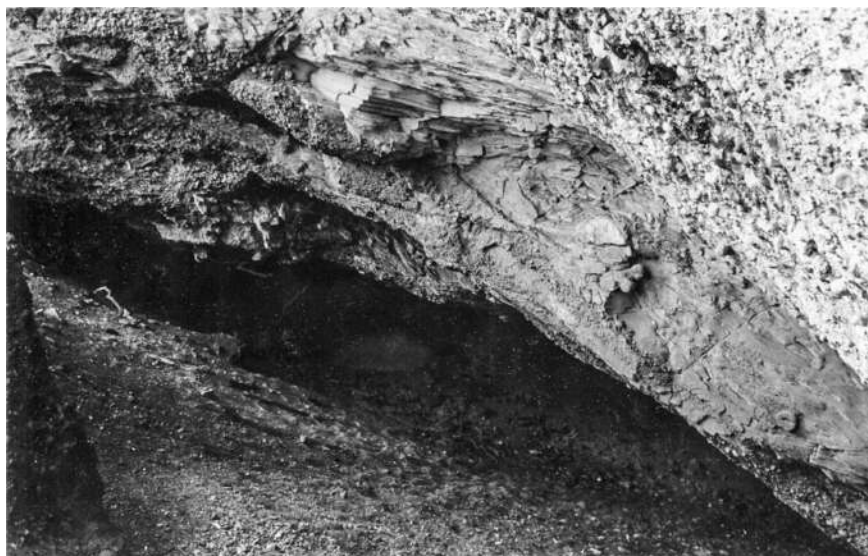


Imagen 15. Cueva de Eberhard. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)

¹⁸ Nombre científico para un tipo de nanofósil calcáreo.

¹⁹ Se refiere al cerro Benítez, otrora conocido como "cerro de las cuevas".

²⁰ Se trata muy probablemente de la que se conoce como "cueva chica". Al respecto, ver Prieto (2013).

²¹ Las negritas las insertaron los autores para destacar las menciones a la toma de fotografías.

²² Se refiere al colono y pionero alemán Ernesto (Ernst) von Heinz, uno de los descubridores de la cueva del Milodón ya mencionado.

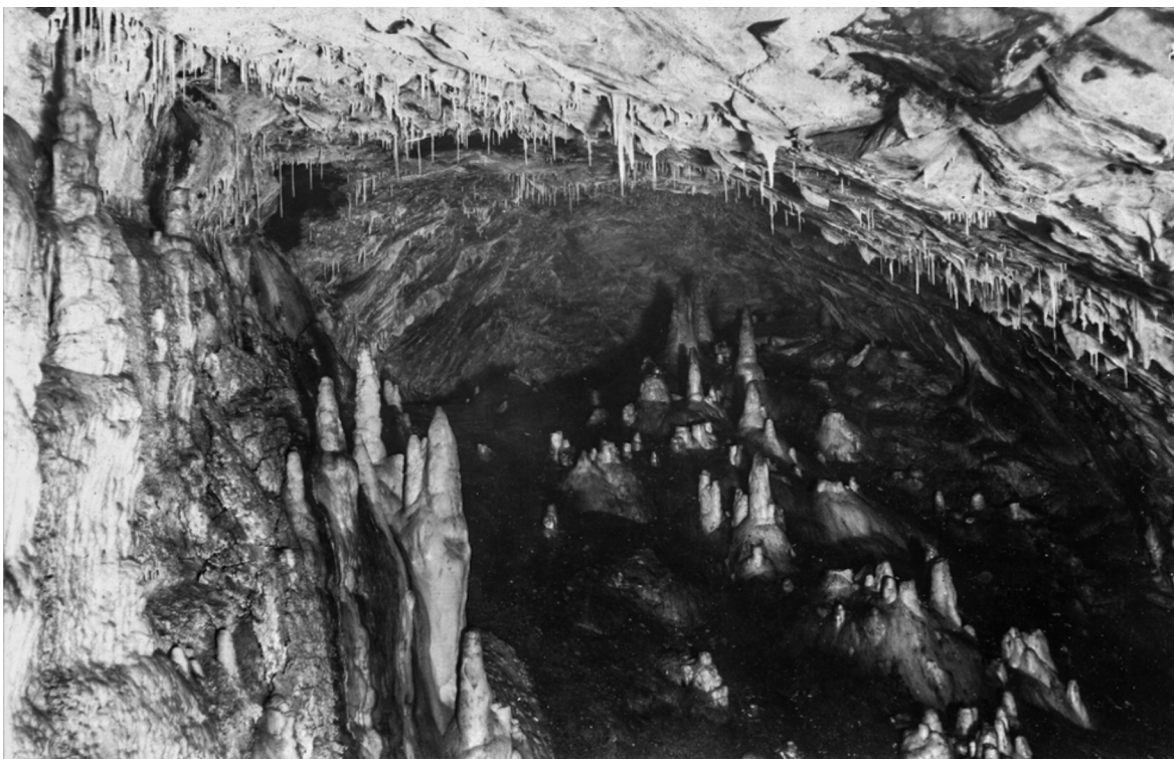


Imagen 16. Cueva Eberhard interior. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 17. Camino entre la cueva chica y la cueva grande. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 18. Cueva del Milodón. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 19. Vista desde la cueva del Milodón hacia el sudeste. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 20. Vista hacia el sudoeste desde la portería de la cueva del Milodón. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 21. Cerro cercano a las cuevas. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 22. Silla del diablo. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 23. Vista de la cordillera Dorotea, Puerto Prat. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 24. Puerto Cóndor. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 25. Última Esperanza, Hölenberg. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut). *Cerro Benítez y la entrada de la cueva del Milodón en vista panorámica*²³.

²³ Nota al pie de foto agregada por los autores.



Imagen 26. Villa Luisa, de Herman Eberhard. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 27. Villa Luisa. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)

18 de febrero

Miércoles. Durante la noche: lluvia y viento. Por la mañana el tiempo mejora. Partimos cerca de las 10:30 para recoger al tío Ernst en el Frigorífico Bories²⁴. Estamos invitados a comer allí. Todo es en “inglés” hasta que la dueña de casa, una italiana, comienza a hablar en español. Luego visito la enorme instalación. Este año transportan, durante tres meses de trabajo, 300 mil animales —sin grasa, piel, intestinos, lana, etcétera—. Luego seguimos a casa. Partimos a las 14:30. **El tío Ernst se queda un poco atrás, lo que aprovecho para tomar algunas fotografías.** Tiempo frío. Visitamos el huerto frutal. Conversamos sobre el milodón y los tehuelches²⁵, ya que el señor Ernst von Heinz vive cerca de ellos. ¡Me invita a visitarlo, tal vez, el próximo año!



Imagen 28. Puerto Natales. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 29. Estero Última Esperanza. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)

²⁴ El frigorífico Bories fue un complejo industrial instalado en 1914 por la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego en Puerto Bories, localidad ubicada a 4 km de Puerto Natales.

²⁵ Primera referencia de Gusinde a los tehuelches. Este fue el nombre que le dieron los mapuches a los pueblos habitantes de las pampas que se extienden al norte del estrecho de Magallanes.



Imagen 30. Estero Última Esperanza. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 31. Puerto Consuelo. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 32. Villa Luisa. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)

19 de febrero

Jueves. Por la mañana, entre las grosellas con Ernst von Heinz. Hablamos sobre política. Después de la comida lo acompañamos hasta Puerto Consuelo. Volvemos a casa y preparamos nuestro paseo para mañana, pues queremos ir al monte Prat. El día anuncia dudosas condiciones meteorológicas.

20 de febrero

Viernes. Tiempo inestable durante la mañana, por lo que nos quedamos en casa. Echamos un vistazo desde lo alto. Luego vamos a la otra orilla, donde quemamos ramas y árboles. El día se aclara un poco. **Por la tarde subo de nuevo aquella barranca y tomo algunas fotografías.** Se me comunica que el vapor *Magallanes* todavía no ha arribado a Punta Arenas. Esto me pone de buen humor. El tiempo aclara. Poco viento.

21 de febrero

Sábado. Como a las 10:00 viajamos hacia Natales. Almuerzo en lo de Thiel. Luego, visita al frigorífico. Tiempo muy claro. Balmaceda y Paine completamente visibles. Me entero de que el *Magallanes* parte el próximo miércoles. Esto me altera muchos planes. Como a las 17:00 viajamos de vuelta. Eberhard se decide por la noche a viajar el próximo lunes conmigo a Punta Arenas. Con eso estoy salvado.

22 de febrero

Domingo. La señora Gesa Eberhard festeja hoy su cumpleaños. Todos están de buen ánimo. Hacemos un paseo a la otra ribera y quemamos árboles viejos. Lindo día. ¡Para el almuerzo, champán! **Luego empaco mi cajita**²⁶. Duele irse de aquí, ¡pero el deber llama!

²⁶ Con la "cajita" se refiere muy probablemente a la cámara fotográfica. ¿Sacó fotografías ese día?



Imagen 33. Vista al cerro Ballena. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 34. Cerro Ballena. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 35. Vista hacia el norte con monte Prat. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 36. Vista hacia el norte con monte Señoret. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)



Imagen 37. Vista hacia el norte con monte Señoret. Martin Gusinde, 1920. (© Anthropos Institut)

Conclusiones

Vistas en conjunto y en relación con su constitución técnica, coordenadas temporales y espaciales, así como contextos sociohistóricos de producción, se puede afirmar que las 23 fotografías configuran una serie de imágenes del territorio capturadas alrededor de Puerto Natales, Villa Luisa y cueva del Milodón probablemente en tres sesiones: las tardes de los días 17, 18 y 20 de febrero de 1920. Gusinde, el fotógrafo, utilizó la misma cámara y siguió una lógica “ecológica” de seleccionar referentes naturales, culturales y científicos en un contexto sociocultural y coordenadas específicas (tiempo y espacio) identificables a partir de entrelazamientos significativos entre el medio escrito y la imagen fotográfica. El diario entrega el contexto de producción y menciona días exactos en los que se dedicó a la praxis fotográfica. El recorrido en terreno permitió verificar los puntos de vista en un espacio que no cambió visiblemente en un siglo.

A la luz de la revisión de los registros y de las fotografías, se constató que Gusinde estuvo el 14 y el 17 de febrero en la cueva del Milodón y que solo fotografió el segundo día, pues la primera vez no encontró condiciones climáticas favorables ni la calma suficiente por estar acompañado de una amplia comitiva de visitantes. En efecto, se colige de los registros y de las fotografías en archivo que Gusinde regresó al “cerro de las cuevas” (cerro Benítez) junto a Eberhard tres días más tarde, cuando cesaron las lluvias y fotografió, junto a este, primero la “cueva chica” y luego la famosa cueva del Milodón. La imagen de las estalactitas al interior de la “cueva chica” pudo requerir iluminación artificial que no menciona en el breve registro, pero que se desprende de la expresión “nos preparamos para fotografiar”.

Las etiquetas de las fotografías aledañas a la cueva del Milodón y al camino boscoso entre las dos cuevas enseñan una serie de fotografías panorámicas de los alrededores con cielos y

luminosidad similares que permiten inferir una misma sesión fotográfica, lo que tiene sentido si se atiende a la mención en el diario de la “maravillosa vista hacia los bloques de gavilla” que alcanzan a observar al escalar la barranca del “Höhlenberg”, hoy conocido como cerro Benítez. Esta diferencia en la toponimia da cuenta de una oralidad perdida en la actualidad.

Según sabemos, hasta ahora solo se conocían las fotografías de las entradas de las cuevas publicadas por Gusinde en su artículo de 1921. Las vistas panorámicas tomadas en los alrededores de la cueva del Milodón y de Puerto Consuelo son fragmentos visuales complementarios a dichas fotografías que muestran el entorno y ambiente alrededor de la cueva en su excursión junto a Eberhard, como lo evidencia el diario el mismo día. La sesión retrata de manera fragmentaria diversas vistas desde lo alto del cerro Benítez, en todas las direcciones cardinales, y a la vez cueca miradas y experiencias más subjetivas con el lugar y la percepción de paisajes del fotógrafo, que experimentó con las posibilidades técnicas de la “caja negra”.

Los días 18 y 20 de febrero, en cambio, fotografió a solas. El 18 de febrero buscó la calma cuando “el tío Ernst se queda atrás, lo que aprovecho para tomar algunas fotografías”, en el camino de vuelta desde Puerto Natales a Puerto Consuelo. El día previo había llovido, pero por la mañana el tiempo había mejorado. Por la tarde fotografió con tiempo frío. Las imágenes revelan cielos nublados, cumbres nevadas y en el primer plano playas de piedra que enmarcan el fiordo de Última Esperanza. El día 20 de febrero no pudieron escalar el monte Prat como habían planificado con Eberhard y Heinz, porque el tiempo era “inestable”. El tiempo aclaró por la tarde un poco, lo que aprovechó Gusinde para fotografiar desde la barranca situada a los pies de Villa Luisa. El registro es explícito en cuanto al singular: el fotógrafo regresó solo por la tarde a la barranca para fotografiar. Desde allí, la lógica de fotografiar también siguió los referentes naturales reconocibles: cerros y direcciones cardinales que había constatado por la mañana en compañía de sus anfitriones. Las imágenes de los cielos de dicha sesión confirman el clima inestable por la presencia de nubes y al mismo tiempo una particular luminosidad, que aprovechó en cada toma realizada, logrando contrastes que recuerdan efectos pictóricos de profundidad por medio de la técnica del claroscuro de paisajes panorámicos bíblicos, exóticos y románticos decimonónicos.

El diario y las fotografías en archivo dan cuenta de una travesía intermedial (textual y visual) fragmentaria por Última Esperanza, realizada hace poco más de un siglo. Nuestra hipótesis es que las fotografías fueron concebidas por el fotógrafo como piezas documentales y medios de apunte visual para fijar información del ambiente y geografía circundante a la cueva del Milodón y a la vez son resultado de su propio proceso de pararse y detenerse a observar y experimentar la naturaleza desde nuevas perspectivas y escalas. Son, así, fragmentos visuales que retratan una experiencia subjetiva de la mirada situada en la naturaleza, dirigida a encuadrar vistas reconocibles de cada ángulo del panóptico natural que lo circundaba. En efecto, la serie exhibe, de manera fragmentaria, diversas vistas de cumbres que rodean como en un círculo la cueva del Milodón y sus alrededores. El diario y las fotografías en archivo representan, por lo tanto, la subjetiva travesía del viajero imbuido de estereotipos científicos y estéticos para la representación del ambiente prehistórico, aspecto que destaca en su artículo de 1921 sobre el estado de la cueva del Milodón como ideal del paleontólogo:

Así el paleontólogo se consideraría generosamente pagado de todos sus trabajos y prolijas investigaciones, si pudiera ofrecer a la administración de sus semejantes, ordenando el caudal de pruebas adquiridas durante mucho tiempo, ayudándose del natural discurso y supliendo a veces con la imaginación la carencia absoluta de documentos, si pudiera ofrecer, repito, la reconstrucción real y exacta, vívida y colorida, del ambiente primitivo y de las primeras actividades vitales sobre la superficie de la tierra (Gusinde, 1921, p. 406).

La praxis fotográfica, sugerimos, operó desde la noción ecológica de la representación del entorno natural y del “ambiente primitivo” circundante a las cuevas prehistóricas, como se aprecia en los registros escritos y las etiquetas marcadas en las fotografías en archivo. Recordemos que Gusinde fue confeccionando cartas geográficas e indagó en las toponimias, como revelan los diarios y el archivo.

Por otra parte, en el archivo se conservan muchas fotografías del territorio observado por Gusinde en sus recorridos por Tierra del Fuego que no han sido analizadas. ¿Sirvieron para un estudio más sistemático de la geografía y del “ambiente primitivo”, es decir, como complementos significativos a sus observaciones etnográficas? Esta cuestión requiere del análisis de nuevas evidencias que permitan contrastar este *corpus* específico de fotografías.

Pero ¿cuáles fueron las trayectorias de dichas fotografías? ¿Tenía Gusinde trazados de antemano usos específicos para estas fotografías en tanto representaciones de paisajes? Como sabemos, entre medio de los cuatro viajes (entre 1920 y 1924), Gusinde dio charlas de sus viajes y exploraciones a Tierra del Fuego en Santiago en las que proyectaba imágenes fotográficas (Palma, 2013, pp. 67-80). Gracias a un reciente estudio (Silaen, 2022), se sabe más sobre dicha praxis a su regreso en Europa. Silaen señala que en las series de diapositivas que encontró en el archivo de Viena, en Mödling, Gusinde incluía siempre fotografías de paisajes, lo que podría indicar que su lógica para fotografiar el territorio también tenía que ver con las audiencias que esperaba “cautivar” más tarde con las imágenes de los alrededores de la cueva del Milodón tanto en Chile como en Europa.

En las publicaciones de las monografías también reserva un espacio para las fotografías de paisajes (1931, 1937). Sin embargo, no tenemos noticias de que Gusinde haya publicado la serie fotográfica de la cueva del Milodón y de sus alrededores como tal. Solo publicó las fotografías referidas a la cueva. Dichas trayectorias, que dan cuenta de usos a partir de las materialidades de la fotografías en archivo y reproducciones, deben seguir estudiándose sobre la base de nuevas evidencias. De acuerdo con el ejercicio realizado en terreno, hoy constituyen imágenes potencialmente valiosas para la historia ambiental de la región. En efecto, mirar el pasado a través del presente y constatar el punto de mira permite no solo situarse y mirar a través de la cámara como lo hiciera otrora Gusinde, sino también observar fragmentos de la historia ambiental y de la prehistoria del espacio fotografiado, que está ligada a procesos y fenómenos económicos, políticos y socioculturales visibles en la actualidad. Por ejemplo, las grandes divisiones de tierra en los alrededores de Natales y la cueva del Milodón pueden verse ahora también. Al mismo tiempo, las fotografías dan información sobre los cambios que se advertían hace un siglo: trazado de caminos, deforestación, quema de árboles y vegetación, instalaciones.

Los referentes visuales de dicho territorio corresponden a una geografía rica en morfologías naturales extendidas y sinuosas, que la convierten en un escenario natural para la “fotografía de paisaje”, concepto revisitado y puesto en tensión en la geografía contemporánea como representación del espacio visualmente construido de acuerdo con múltiples variables y contextos socioculturales. Según Nogué, el paisaje puede interpretarse como un dinámico código de símbolos que nos habla de la cultura, de su pasado, de su presente y también de su futuro. “La legibilidad semiótica del paisaje, esto es, el grado de descodificación de los símbolos, puede ser más o menos compleja, pero en cualquier caso está ligada a la cultura que los produce” (Paulsen y Rubio, 2017, p. 11). Dicha dimensión queda clara al yuxtaponer y contrastar los diversos indicios históricos que contextualizan el proceso de construcción de la serie de fotografías de Última Esperanza. Como artefactos visuales polisémicos, poseen una multiplicidad de vías de acceso que las hacen inteligibles y significativas, vistas desde la actualidad.

El recorrido visual impresiona a la mirada por las vistas panorámicas de la mayoría de las fotografías alrededor de Última Esperanza, las que logró ubicándose en lugares estratégicos. Para capturar vistas totalizadoras atemporales del espacio, el fotógrafo recurrió a planos panorámicos horizontales y ángulos frontales y cenitales en su mayor parte, con encuadres apaisados de montañas, llanos y fiordos que avistó durante su estadía entre los Eberhard. A primera vista, según los referentes fotográficos identificamos tres tipologías de fotografías en la serie: (a) paisajes; (b) paisajes de enclaves como la estancia Puerto Consuelo y la casa Villa Luisa, muelle de Puerto Natales, Puerto Cóndor, y (c) imágenes “científicas” de la cueva del Milodón y de la cueva Chica, que se salen del canon de la “postal de paisaje” decimonónica. Dichas fotografías contrastan, pues se trata de una inversión de la mirada panorámica a la mirada científica detallada, que abarca en el primer y segundo plano la mayor cantidad de información visual posible de las cavernas primitivas. Se representan las dimensiones de la entrada de las cuevas, sus texturas rocosas y estratigrafía, las formas de las estalactitas, la materia de la piedra y el sigiloso paso del tiempo.

Como es sabido, Gusinde utilizó una cámara fotográfica de fuelle, lo que implicaba manipular el atril, los marcos que sostenían la placa de vidrio fotosensible, el objetivo y el obturador (Palma, 2013). Los encuadres y ángulos de las tomas consideran la luz diurna en días nublados a favor de claros contrastes de formas naturales (cerros, fiordos, árboles, etc.) que se recortan en cielos nublados y llanos o bosques. El transporte de la cámara se vio facilitado por los caballos durante las cabalgatas y por la cercanía de los puntos de tomas fotográficas a Villa Luisa. Además, se debe considerar que, dados los costos de las placas y el peso que significaba su transporte, Gusinde contaba con una cantidad limitada de opciones para jugar con las virtuales posibilidades que le daban los programas de la “caja negra”. Es por ello tal vez que no encontramos fotografías de la familia Eberhard en el archivo. Claramente, el fotógrafo optó por obtener evidencias de sus trabajos de investigación, dejando al margen de la imagen, pero no del diario, a sus anfitriones y visitantes. Sin embargo, los varios planos generales, distancias y ángulos de tomas de Puerto Consuelo y Villa Luisa representan su ambiente y entorno, y en su articulación con los diarios nos enseñan una dimensión sociocultural del espacio fotografiado relacionado con el encuentro del fotógrafo con emblemáticos colonos y pioneros de la montaña en dicho enclave. Dicha dimensión, más subjetiva, está presente de manera latente en las imágenes del espacio que selecciona, tomando posiciones altas y a distancia, que le permitieron jugar con encuadres a gran escala de hitos geográficos y sociohistóricos que seleccionó con la guía y apoyo de pioneros del montañismo en la región.

La posición del dispositivo, que sitúa el cuerpo y el ojo que observa y experimenta el paisaje como una experiencia nueva y única, también proviene de modos de ver y de representar el espacio circundante como paisaje, cuyos antecedentes fotográficos se remontan a la postal de paisaje de las últimas décadas del siglo XIX. Claramente, Gusinde jugó con las distancias y las posibilidades que le ofrecía el objetivo fotográfico y las placas de vidrio para lograr tomas lo más nítidas, perfectas y originales posibles. Lo que vemos en los paisajes de montañas y naturaleza, son construcciones de paisajes idílicos, atemporales, en los que se transmite una experiencia más subjetiva de contemplación del espacio que remiten a imaginarios bíblicos. El fotógrafo se inclinó a mirar a través del pequeño orificio de la caja negra y seleccionó, enmarcó y enfocó referentes específicos a lo largo de su travesía a Última Esperanza: Villa Luisa y Puerto Consuelo visto desde varios ángulos, así como cerros particulares, hitos que encuadra de manera central, como el cerro Ballena y el monte Prat. Los modos de ver el espacio a través de la cámara operaron por medio de cánones de perspectiva lineal que representaron paisajes, creando la ilusión de profundidad de campo homóloga a la visión natural del ojo humano. Las tomas panorámicas que realizó desde puntos de mira ubicados en cerros aledaños enseñan impresiones totalizadoras del espacio circundante. En la mayoría de los planos horizontales de

las imágenes de paisaje que construye, divide el cielo y la tierra con pesos similares y juega con los planos y la profundidad de campo de los referentes, que centra en el plano horizontal del centro. El fotógrafo equilibra los pesos visuales del cielo, las nubes, las montañas y los fiordos, que se recortan diáfananamente contra los amplios horizontes de vastos llanos surcados por el vacío, el cielo y las montañas que abarcan algunas tomas, generando a la vez una sensación de profundidad e inmensidad. Abarca, entonces, varios planos, contrastes, claroscuros, texturas que se plasman en el acto fotográfico y que remiten a cánones estéticos románticos de la representación de paisajes exóticos, utópicos, lejanos, donde la naturaleza no ha sido marcada por el ser humano moderno.

En sintonía con la noción de espacio, Tuan (citado en Paulsen y Rubio) señala las diferencias entre espacio y lugar:

Si el espacio es movimiento, el lugar es pausa, lo cual es relevante porque la construcción del paisaje exige la contemplación del mismo, una mirada atenta y dedicada, capaz de generar una interacción consciente del sujeto con los objetos que observa y esta tarea requiere de la pausa proporcionada por el lugar. La relación entre el ser, el lugar y el paisaje es intermediada por la escala de magnitud a la cual el observador recurre para observar aquello que ve, la cual es definida por el punto de observación y la distancia desde la cual se mira el paisaje. En definitiva, esa escala modifica la morfología del objeto que se observa y, paralelamente, la matriz sociocultural a la cual pertenece el observador, condiciona significativamente la interpretación que hace de los objetos que observa (la decodificación) (...) Así el objeto-paisaje se integra al ser del individuo, gracias a relaciones tan diversas como la experiencia emocional de observar el paisaje, la incorporación del mismo como recuerdo en la memoria, su uso como espacio utópico o anhelado o incluso como espacio místico (Paulsen y Rubio, 2017, p. 5).

Esta serie fotográfica transmite las pausas del fotógrafo a lo largo de su recorrido, como menciona en el diario cuando dice que aprovecha los espacios de calma para fotografiar a solas. La serie exhibe esas microexperiencias de contemplación de Gusinde ante lo observado desde una escala inmensa que lo sitúa como un punto en un vasto horizonte circular. Su experiencia fresca como visitante ávido de conocerlo todo y consciente de su privilegio al ser invitado de la familia Eberhard para visitar la famosa cueva, le confieren un sentido lúdico y espontáneo a la mirada del viajero que juega con su “cajita” —como la llama al final de su viaje—, que contempla con calma, cargado de códigos y emociones, para documentar el hallazgo “científico” más importante de la prehistoria en Sudamérica: “Y en orden a esta acumulación de documentos para la ciencia de la prehistoria, ha sido acontecimiento de importancia trascendental y sin duda el más notable ocurrido en Sudamérica, durante los tres últimos decenios, el descubrimiento de la llamada cueva del Mylodon” (Gusinde, 1921, p. 407).

Esta expresión solemne tras su visita a la cueva explica la importancia que le atribuyó en el diario el día 14 de febrero de 1920: “Con santo respeto entro a la cueva del Milodón”. Esa frase es indicio de una experiencia emocional ante un evento científico considerado luego por el explorador como algo “notable” y de “importancia trascendental”. Así, al observar el paisaje a través del visor fotográfico, lo incorporaría como memoria no solo de una geografía, sino también de un ambiente prehistórico que representó como inmensos paisajes atemporales. Su modo de percibir el paisaje se mediatizó en el proceso —selección del referente y del encuadre— y en el acto fotográfico, que plasmó huellas, productos visuales de transferencias de saberes en movimiento, puestos a dialogar y experimentar de modo dinámico con la cámara en el proceso del viaje de exploración. Los hábitos del fotógrafo viajero y explorador moderno, ávido de documentar el mundo, atraparlo en cuatro esquinas, fungieron según hábitos socioculturales, saberes adquiridos, técnicas y contextos específicos.

La serie fotográfica entrega indicios de dichos diálogos y percepciones liberadas ante la naturaleza visible y de la importancia atribuida al dispositivo fotográfico en este contexto. Fueron en parte resultado de interacciones sociales y de observaciones culturalmente construidas por las diversas experiencias, miradas y saberes disciplinares, que se dinamizaron en la exploración del territorio junto a Eberhard y Heinz. Mentos inquisitivas en diálogo y en el ejercicio de hacer observaciones y visualizaciones precisas se pusieron en movimiento con tiempo y buena disposición, y fijaron en gran parte en conjunto las imágenes que impresionan y sorprenden hoy.

Variadas circunstancias y coyunturas específicas influyeron en las composiciones, encuadres y enfoques de dichas imágenes, que las convierten en huellas de momentos lúdicos, de observaciones precisas, a la vez que en experiencias subjetivas ante la naturaleza, en un entorno que acogió y saludó al explorador con una grata infraestructura, permitiéndole entregarse al goce de la mirada guiada, a la observación de un mismo entorno por más de diez días. En ellas reconocemos que con el encuadre opta por documentar e informar la geografía del territorio, que observa y al mismo tiempo se entrega al placer de lo observado, a la experiencia de estar circundado por un paisaje inmenso, de estar de pie en algún lugar de un gran círculo marcado por altas cumbres.

Gusinde, guiado por los ojos expertos de Eberhard y Heinz, exploró lo ya explorado y experimentó tomas y encuadres que fijaron vistas panorámicas de diversas cumbres que circundan al fiordo Eberhard y la cueva del Milodón. Así, la experiencia de seguimiento en terreno y el enfoque medial permitieron comprender dimensiones simbólicas que están sedimentadas en las capas menos evidentes de la serie de fotografías en cuestión. En efecto, tras este recorrido sinuoso por la imagen, el medio y el texto, observamos más bien huellas e indicios visuales de modos de ver y experimentar ese espacio en particular antes que fotografías de paisajes concebidas como tales *a priori*. Ello confirma su condición de artefactos visuales complejos, compuestos de diversas capas de información entrelazada referida a sus contextos de producción y genealogías históricas²⁷.

Agradecimientos

Los autores agradecen a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID) por el financiamiento del proyecto FONDECYT N°. 1220499, que hizo posible esta publicación.

Bibliografía

- Bird, J. (1993). *Viajes y arqueología en Chile austral*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.
- Eberhard, K. (2018). *El capitán Eberhard. Pionero de la Patagonia*. Punta Arenas: Guanaco Libre.
- Fiore, D., y Butto, A. (2018). Estructuras y paisajes en el fin del mundo. Implicaciones arqueológicas y antropológicas sobre el emplazamiento de sitios mediante el análisis de fotografías de pueblos originarios fueguinos (circa 1880-1970). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 63(2), 231-260.
- Flusser, V. (1990). *Hacia una filosofía de la fotografía*. México: Trillas.
- Gusinde, M. (1921). Estado actual de la cueva del Mylodon. Última Esperanza-Patagonia Austral. *Revista Chilena de Historia Natural*, 25, 406-419.
- (1922). *Expedición a Tierra del Fuego. Informe del jefe de Sección*. Santiago: Imprenta Cervantes.

²⁷ Para adentrarse en la noción de arqueología de la imagen, ver Huerta (2020, pp. 184-210) y Fiore y Butto (2018, pp. 231-260).

- Harambour, A. (1999). *El movimiento obrero y la violencia política en el territorio de Magallanes, 1918-1925* (tesis de Licenciatura en Historia). Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Huerta, C. (2020). Excavar en la imagen/estrato. Una introducción a la arqueología de la imagen. *Revista de Filosofía, Arte, Literatura, Historia*, 14(28), 184-210.
- Kossoy, B. (2001). *Fotografía e historia*. Buenos Aires: La Marca.
- Martinic, M. (1996). La cueva del Milodón: historia de los hallazgos y otros sucesos. Relación de los estudios realizados a lo largo de un siglo (1895-1995). *Anales del Instituto de la Patagonia Magellanica*, 24, 43-80.
- Palma, M. (2013). *Fotografías de Martin Gusinde en Tierra del Fuego (1919-1924). La imagen material y receptiva*. Santiago: Editorial Alberto Hurtado.
- (2018a). Diario del primer viaje de Martin Gusinde a Tierra del Fuego (1918-1919). *Anthropos*, 113, 169-193.
- (2018b). Diario del segundo viaje de Martin Gusinde a Tierra del Fuego (1919-1920). *Anthropos*, 114, 543-572.
- (2019). Diario del tercer viaje de Martin Gusinde a Tierra del Fuego (1921-1922). *Anthropos*, 115, 483-502.
- (2022). *Diario de viaje de investigación a Tierra del Fuego (1918-1920)*. Taurus.
- Paulsen, A., y Rubio, R. (2017). Propuesta metodológica para el trabajo con fotografías de paisajes. *Revista Geográfica de Valparaíso*, 54, 1-19.
- Prieto, A. (2013). *Cueva del Milodón. Publicaciones desde 1899 a 1996*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.
- Rojas Mix, M. (2015). *América imaginaria*. Santiago: Pehuén.
- Silaen, A. (2022). *Kolonialität, Lichtbilder und Repräsentationstechnologien -eine dekoloniale, feministische Analyse der "Selk'nam Diapositive" von Martin Gusinde SVD* (tesis de Magíster). Universidad de Viena, Austria.
- Vega, C. (1996). *La masacre en la federación obrera de Magallanes. El movimiento obrero patagónico-fueguino hasta 1920*. Punta Arenas: Talleres de impresiones Atelí.